

Recordando a Mi Hermana Mayor

14 de mayo de 2017



Este Día de las Madres será el primer día de las madres que mis sobrinos pasarán sin su mamá. El viernes 5 de mayo se cumplió un mes desde que mi hermana Ana, la primogénita de mis padres, falleciera después de una valerosa lucha contra el cáncer. No ha sido fácil aceptar su muerte y la realidad de que ya no está más entre nosotros. Hoy quiero escribir estas líneas en memoria de ella.

La infancia de mi hermana Ana debió tener sus momentos difíciles pues en aquellos años mi papá como obrero del campo iba de un lugar a otro en busca de trabajo para mantener su familia. Ella tenía 8 años cuando yo nací y me imagino que ayudó a cuidarme cuando yo era un bebé así como a mis otros hermanos y hermanas. En esos tiempos, las hijas especialmente las mayores debían ayudar con los quehaceres de la casa limpiando, lavando, y aun cocinando sin las comodidades modernas que hoy disfrutamos. Para lavar la ropa y aun los trastes de la cocina, por ejemplo, se debía ir a una quebrada o río cercano. Así que yo me imagino a mi hermana Ana y a mi hermana Edita que le seguía en edad, todavía siendo muy niñas, ayudando en esos menesteres a mi mamá y atendiendo a sus hermanitos más pequeños.

Antes de mi nacimiento, unos tres meses antes, mi hermanita Fidelina enfermó y murió de una intensa fiebre. Mi mamá contaba cómo ella, llena de angustia y dolor, caminó varios kilómetros cargando a la niña hasta el hospital. La pequeña Fidelina para entonces tenía cuatro años. Mi mamá tenía 6 meses de embarazo conmigo en su vientre y frente a su desesperación e impotencia al ver a su pequeñita muriendo, el doctor le dijo: "Señora, por favor cálmese y cuídese pues puede perder a esa criatura que lleva en su vientre". Me imagino cómo la muerte de su hermanita, a esa temprana edad, pudo también haber impactado a mi hermana mayor.

Mi hermana Ana tuvo sin duda mucha influencia en lo que fue el destino de nuestra familia. Vivíamos en aquel tiempo en la casa de mi abuelo Martín Moreno, padre de mi mamá, en San Cristóbal, Estado Táchira. Allí nació yo y una señora del barrio fue la partera, a la que más tarde me decían que debía pedirle la bendición porque era mi madrina de parto.

En ese tiempo llegaron al Barrio Sucre donde vivíamos un gran número de familias procedentes de Colombia que huían de la violencia que se vivía en su país, especialmente en los Departamentos de Santander. Algunas de esas familias eran adventistas del séptimo día. Mi mamá hizo amistad con algunas de ellas y mi papá compró su primer terreno donde construyó su primera casa en medio de esas familias nuevas que habían llegado. Así fue cómo mi hermana mayor conoció y años más tarde se enamoró del hijo mayor de una familia adventista de apellido Manrique. A pesar de la oposición de mi papá que siempre se mantuvo católico, a mi mamá le gustó lo que predicaban y enseñaban los adventistas así como su manera de vivir y se unió a ellos, llevándonos a su iglesia e inculcándonos sus creencias. Sin embargo, esto fue causa de muchos conflictos en nuestra familia.

Mi hermana Ana decidió estudiar enfermería. Era algo que le apasionaba. Cursó estudios hasta tercer año en la Escuela de Enfermería del Hospital Vargas en San Cristóbal e hizo sus primeras pasantías en el Hospital Central. Sin embargo, por algunas circunstancias no pudo continuar sus estudios en San Cristóbal y con el apoyo de mi mamá viajó a Valencia, Estado Carabobo, para seguir estudiando enfermería. La familia Manrique se había mudado para Valencia también. Allí ella prosiguió su noviazgo con Luis, el hijo mayor, abandonando sus planes de terminar sus estudios de enfermería. Poco después regresaron a San Cristóbal, se casaron y tuvieron su primer hijo, Edwin, viviendo unos meses cerca de nosotros hasta que regresaron nuevamente a Valencia.

Digo que el destino de nuestra familia tuvo que ver con las decisiones de mi hermana Ana porque yo mismo fui a Valencia a vivir con ella por unos meses, ayudándole a cuidar a su bebé mientras ella y su esposo trabajaban. Mi hermana consiguió trabajo de enfermera auxiliar en un hospital y su esposo Luis trabajaba como mecánico electricista. Yo tenía apenas 12 años de edad cuando viví con ellos y empecé a hacer mi primer año de bachillerato en el Liceo Martín J. Sanabria. Finalmente me tuve que regresar a San Cristóbal y continué estudiando en el Liceo Pedro María Morantes. También mi hermana Edita más tarde fue a vivir a Valencia con mi hermana y allí consiguió trabajo en un banco.

Como la relación entre mis padres se fue haciendo cada vez más insoportable, mayormente por causa de la nueva religión de mi mamá, mi hermana Edita invitó a mi mamá a mudarse para Valencia y así toda la familia, excepto mi papá, nos mudamos para el centro de Venezuela, y nuestro destino llegó a ser otro, en gran parte, como se puede ver, por causa de las decisiones de nuestra hermana mayor. Poco tiempo después tanto nosotros como la familia de mi hermana Ana nos mudamos a Maracay por motivos de trabajo y allí casi todos los hijos de mi hermana también nacieron, crecieron, se formaron, y aún residen.

Mi hermana Ana tuvo más hijos que cada uno de nosotros sus hermanos y hermanas. Su familia consistió de cinco hombres y tres mujeres. Hoy son todos adultos y algunos con hijos e hijas también. Ella siempre se enorgulleció de su familia y daba gracias por cada uno de ellos. Ella fue una madre muy amorosa de sus hijos y nietos. A todos les inculcó buenos principios, sobre todo

a amarse y estar unidos en las buenas y en las malas. Después de muchos años de trabajar como enfermera, mi hermana ayudó a su esposo en la administración del taller mecánico pero sobre todo se dedicó a las ventas. Le encantaba conocer y hacer amistad con nuevas personas, tal vez como resultado de tantos entrenamientos en las ventas y su propia experiencia como vendedora. A mí en varias ocasiones me quiso reclutar para que vendiera los productos que ella promovía.

Su actitud ante la vida también fue muy positiva a pesar de las dificultades que tuvo que afrontar, especialmente en los últimos años. A ella le encantaba leer mucho y sobretodo libros que la inspiraran y le dieran ánimo y valor para enfrentar la vida. Cuando yo la visitaba, ella disfrutaba conversar conmigo sobre diversos temas, especialmente religión y otros aspectos de la vida. Para ella era importante ver el lado positivo de las cosas, y me decía que mejor era ver "el vaso medio lleno antes que medio vacío".

Mi hermana también era muy realista en cuanto a la muerte. Reconocía que morir era parte natural de la vida. Cuando el año pasado le pasé por WhatsApp la noticia de la lamentable muerte de una prima en Caracas, a los 70 años de edad, me respondió: "Así es la vida, caminamos con la muerte. Yo tenía tiempo que no sabía de [esa prima]. Vivir después de los 60 es una regalía, así que ella ya había vivido suficiente. No queremos morirnos pero es la ley de la vida."

Hoy día de las madres recuerdo con cariño a mi hermana Ana, así como también recuerdo a mi querida madre que hace ya cuatro años también nos dejó. A sus hijos, hijas, nietos y nietas, les deseo todo lo mejor en su futuro. Que la recuerden siempre por lo que fue, una buena mujer, una buena madre y abuela, una mujer que enfrentó la vida con valentía y que hizo muchas cosas para hacer una diferencia en sus vidas. Que su recuerdo les llene de ánimo y valor para enfrentar lo que la vida pueda traerles.